

4 aquí y ahora

Tijeras y esteladas: oportunidades y desafíos del “dragon khan” catalán.

Josep Maria Antentas

1. Los crecientes escándalos de corrupción que salpican la política catalana, el espionaje intra e interpartidario, y la inminente nueva tanda de recortes sociales del gobierno Mas señalan sin equívoco posible que la inestabilidad política y social será la nota dominante a medida que avanza el proceso de “transición nacional” catalán, entrecruzado en permanencia con una crisis económica que va para largo, en un contexto donde, como muestra el último barómetro del *Centre d’Estudis d’Opinió* (CEO), el malestar político alcanza cotas sin precedentes.

CiU tiene que gestionar una situación en la que, por un lado, el poder financiero catalán empuja para dar marcha atrás en el proceso independentista, alarmado por la dinámica de inestabilidad institucional abierta y por el desgaste electoral de la propia CiU. Mientras, por el otro lado, su base social ha basculado hacia la opción independentista, en ausencia de otras alternativas creíbles. De su capacidad de resolver esta tensión dependerá en gran medida su futuro político en un escenario demasiado turbulento para una formación conservadora y de orden e históricamente anclada al régimen hoy en crisis.

El gobierno de CiU, con el apoyo externo de ERC, es un gobierno frágil en el que ambos socios colaboran y compiten a la vez. La colaboración entre CiU y ERC no genera una dinámica de ganador-ganador sino un corrimiento de apoyos de la primera hacia la segunda que aparece como una mayor garantía hacia la independencia, nutriéndose también de sectores descontentos catalanistas del PSC. Lejos de capitalizar políticamente la dinámica independentista, CiU presenta síntomas de pérdida de fuelle y desgarró entre una presión realista por parte del mundo de los negocios y sus sectores internos más ligados a este, y su compromiso ante las urnas con el proceso independentista. La guerra sucia del Estado, con filtraciones de escándalos y turbios asuntos, de la que previsiblemente estemos solo en sus comienzos, no hará sino contribuir a desestabilizar un buque convergente poco acostumbrado a navegar en aguas turbulentas.

El objetivo de CiU es intentar que ERC pague un precio político por los recortes, mientras que esta intenta trampear como puede la política económica hasta la convocatoria de la consulta y espera que esgrimir el éxito de su realización la justifique ante su electorado o, en caso de naufragio gubernamental y embarranque

del proceso independentista, espera aparecer como el relevo natural de CiU en el camino hacia la independencia. Hoy por hoy, ERC parece navegar con el viento a favor, pero su euforia actual podría deshincharse a medida que tenga que hacerse cómplice con unos recortes sociales cada vez más severos.

Los escenarios posibles son a grandes rasgos tres: 1) que el gobierno de CiU y ERC consiga mantener sus planes de celebrar una consulta por la independencia en 2014; 2) que el gobierno de Mas no tenga fuerzas para impulsar una consulta no legitimada por el Estado español y opte por el Plan B de convocar elecciones anticipadas con una lista independentista unitaria con el mandato de aprobar una declaración de independencia unilateral (quizá con algunas ambigüedades marca de la casa en su formulación) en el Parlament de Catalunya; 3) que la entente entre CiU y ERC naufrague en el camino, bien sea porque CiU no resista la creciente inestabilidad y se imponga en ella un nuevo giro pragmático a la desesperada, bien sea porque ERC no pueda asumir el coste político de las políticas de austeridad.

2. La debilidad del gobierno de Mas ofrece a las fuerzas políticas y sociales opuestas a las políticas de austeridad una oportunidad mayor para incidir en dicho proceso de “transición nacional” que la inicialmente prevista, aunque la correlación de fuerzas y el punto de partida siga siendo, no lo olvidemos, muy desfavorable.

En este escenario volátil el doble desafío es, primero, garantizar que el ejercicio del derecho a decidir vaya hasta al final y que la consulta independentista se celebre, manteniendo la presión social para que CiU no se eche atrás y para neutralizar las maniobras represivas del gobierno de Rajoy con la complicidad del PSOE. Y, segundo, evitar que CiU y ERC la capitalicen en beneficio propio y sigan intentando utilizar la cuestión nacional para tapar las políticas de austeridad y evitar desgastarse ante su base social. Para ello, junto con el necesario impulso de las luchas contra los recortes, el conjunto de los movimientos sociales y populares y de la izquierda política y social catalana no deben dejar la iniciativa en manos de Mas y Junqueras y requieren tener una política activa de intervención en el debate sobre la independencia, intentando articular un amplio polo social y ciudadano favorable al ejercicio del derecho a decidir y opuesto a las políticas de austeridad, que visibilice una voz distinta a la que representa la dirección de la Asamblea Nacional Catalana (ANC).

La política de esta será permanecer vigilante para garantizar que Mas no se echa atrás, y mantener la presión por la consulta. En este terreno, la agenda de la dirección de la ANC coincide con la de la izquierda anticapitalista y antiausteridad partidaria del derecho a decidir. Sin embargo la estrategia de la dirección de la ANC no es cuestionar el liderazgo de Mas y Junqueras ni su voluntad de capitalizar la consulta y el proceso independentista, y defiende una orientación de “primero todos juntos por la independencia y luego ya discutiremos democráticamente qué modelo de país queremos” que, de facto, supedita la cuestión social a la nacional. Ahí su agenda difiere radicalmente de la de la izquierda.

3. El estado de las luchas sociales sigue siendo contradictorio. Tras el estallido inicial del 15M se entró en una fase de dispersión y fragmentación de las mismas con dificultades para arrancar otra ola explosiva de movilizaciones contra los recortes, en un escenario donde además el sindicalismo mayoritario continúa sin una estrategia coherente de confrontación con la austeridad y permanece preso de una orientación nostálgica y rutinaria hacia una concertación social ya imposible. Sin embargo, los meses de febrero y marzo de este 2013 han mostrado síntomas claros de revitalización de las movilizaciones, sin explotar todavía, con un sinfín de iniciativas relevantes como la Caputxinada 2.0 del 2 de febrero, la potente manifestación de la PAH el día 16, seguida poco después por la del día 23 contra los recortes y la corrupción, la huelga de Telefónica en ocasión del World Mobile Congress del 23 al 28 de febrero, y la huelga universitaria de este mismo último día. Una doble tarea aparece necesaria para reforzar las luchas: impulsar campañas específicas sobre cuestiones concretas arraigadas territorial y/o sectorialmente y articular marcos generales de coordinación y discusión (en la línea, por ejemplo, de las jornadas *Colpegem Juntres* del 26 y 27 de enero en Barcelona) con legitimidad para tomar iniciativas unitarias generales y para ir solidificando los acuerdos estratégicos entre los distintos sectores y componentes del combate contra la austeridad.

En este necesario proceso de convergencia de las fuerzas sociales contra las políticas de ajuste, de discusión estratégica compartida y de cimentación de acuerdos de fondo sobre cómo encarar al bulldozer de la austeridad es necesario también afrontar el debate sobre la independencia. Si el grueso de los movimientos sociales catalanes no consigue articular una política común sobre la cuestión nacional, esta será utilizada en permanencia por CiU como elemento divisorio y actuará como un factor desestabilizador para las luchas. Hoy por hoy, las fuerzas políticas de la izquierda alternativa, en sus múltiples expresiones organizativas, tienen una política al respecto (aunque no una alianza entre ellas), pero no es el caso de la izquierda social y sindical que carece de una política clara en relación a la consulta y al debate sobre la independencia, lo que suele traducirse en una incapacidad para dar una respuesta social colectiva y pesar en los acontecimientos en los momentos clave.

4. Para la izquierda es necesario ahora definir una posición específica sobre la consulta de independencia y sobre el debate independentista. Como ya señalábamos precedentemente con más detalle/¹ el “sí” a la independencia en una eventual consulta aparece ahora como la opción de mayor contenido democrático y de mayor potencial de ruptura, siempre y cuando se haga desde una firme convicción internacionalista y solidaria y de defensa de un horizonte de libre federación de los pueblos de Europa, frente a un encierro-refugio en los Estados nacionales, y de una

¹ Antentas, J.M. (2012) “Catalunya: ¿hacia donde?”. *VIENTO SUR*, 125, p. 97-103.

idea de nación y de cultura donde se combine la firme defensa de la lengua catalana con la de una Catalunya cada vez más plurilingüística y pluriétnica.

La cuestión política estratégica principal para enfocar el debate sobre la independencia es aprovechar el potencial democrático que abre para no solo generar una ruptura democrática con el actual marco institucional, sino para desbordar el marco decisorio fijado por CiU y ERC y ampliar el “derecho a decidir” a otras esferas de la sociedad. Partiendo del discurso oficial sobre la “transición nacional” hay que ir desgajando una propuesta alternativa que muestre las contradicciones y límites del proyecto de independencia sin contenido para aprovechar el empuje democrático de la pulsión independentista y evitar que sea utilizada en contra de las luchas sociales anti-austeridad y de los procesos de deslegitimación del poder abiertos tras la rebelión indignada. El debate sobre la independencia y un Estado propio debe servir para poner encima de la mesa la necesidad de un proceso constituyente para Catalunya en el que habrá que definir cuál es el nuevo marco institucional y el modelo de sociedad. Esta es la cuestión central. Hay ahí una serie de batallas estratégicas a preparar para fijar las nuevas reglas del juego. ¿Qué sistema electoral? ¿Qué modelo de relaciones laborales? ¿Qué derechos de ciudadanía para las personas inmigrantes? ¿Qué política de defensa? ¿Qué...?

5. El impacto de la crisis y las políticas de austeridad y al ascenso de la demanda independentista sacude todo el sistema político. La crisis económica y social se transformó en una crisis política a escala estatal y en Catalunya, aunque la manifestación de la misma no es igual en ambos casos. El secuestro de la política por parte del poder financiero provoca un creciente vaciado e implosión de los mecanismos institucionales democráticos, tensiona el sistema político y erosiona a los pilares del bipartidismo. En las elecciones del 25N los dos grandes partidos de la política catalana, CiU y PSC, suman conjuntamente el 45% de los votos, ante el 56,8% de 2010, el 58,3% de 2006, el 62,1% de 2003, y el 75% de 1999. Si a ellos le añadimos el otro gran partido de la política española, el PP, llegamos al 58%, frente al 69,1% de 2010, 69,3% de 2006, 74% de 2003, y 84,5% de 1999. Una tendencia clara.

En este contexto todo el mapa político de la izquierda es sacudido. Sus mayores expresiones son el ascenso de ERC, sobre la base de una política que abandona su dimensión social aunque intenta aparecer opuesta los recortes y como una alternativa socialdemócrata al PSC, y la crisis de este último, que atraviesa una crisis de proyecto y de identidad sin precedentes, reflejados en su magro resultado electoral el pasado 25N. No estamos ante un mero fenómeno coyuntural, sino ante una tendencia de fondo fruto de la falta de credibilidad del partido de Pere Navarro tanto en el terreno nacional como en el social, tras las dos legislaturas de gobierno *tripartit* y los dos gobiernos Zapatero.

En el ámbito nacional su forzado “federalismo” y su tibia y contradictoria aceptación de un “derecho a decidir” desmentido a diario por el PSOE, más que

en un supuesto punto de equilibrio “sensato” entre posturas extremistas, como su campaña electoral predicaba, lo sitúa de facto en tierra de nadie. Después de haber votado en contra de la declaración de soberanía aprobada en el Parlament de Catalunya el 23 de enero, con la ruptura de la disciplina de voto por parte de cinco diputados, la dirección del PSC ha intentado recuperar su perfil catalanista con la decisión de votar separadamente del PSOE en el Congreso el pasado 26 de febrero en relación a la resolución favorable al derecho a decidir, y con el apoyo a la resolución votada en el Parlament de Catalunya el pasado 13 de marzo en la que se insta a la Generalitat a “iniciar un diálogo” con el Gobierno del Estado para celebrar la consulta. Estos vaivenes muestran su enorme dificultad para ubicarse de forma estable en el debate independentista y ofrecer un proyecto creíble a su heterogénea base social. Demasiado para algunos, que prefieren a Ciutadans en nombre de la defensa de la unidad de España, demasiado poco para otros, que migran hacia una ERC que aparece como una alternativa catalanista progresista más consecuente o ICV.

En el terreno social carece de credibilidad como alternativa de izquierdas portadora de otro modelo de sociedad, tras largas décadas de conversión al social-liberalismo (y al liberalismo “a la Maragall”) primero y, después, de su aceptación sin matices de las políticas de austeridad impuestas por la Troika. Al igual que con Rubalcaba a escala estatal las superficiales críticas de Navarro a los recortes de CiU ni plantean una agenda global distinta de gestión de la crisis ni son percibidas como sinceras y reales. ¿Alguien duda de que un gobierno del PSC (o del PSOE a escala estatal) recortaría por igual?

El problema de fondo es que ninguna de las dos sensibilidades en lo nacional del PSC, la catalanista y la más ligada al PSOE, presenta ninguna diferencia sustantiva en lo social. Ambas son responsables del credo social-liberal del partido y de su presente pro-Troika. Un PSC catalanista sin credibilidad como proyecto de izquierdas, cortado de su base obrera y popular en la periferia de Barcelona y sin vínculos reales en los barrios, no tiene ninguna posibilidad de discutir, convencer y mantener a su base social castellanoparlante sensible a la demagogia de Ciutadans. Quienes buscan superar la crisis del PSC solo planteando un perfil más catalanista y postulando una defensa clara del derecho a decidir y de la convocatoria de un referéndum, aunque van en la buena dirección en el terreno de la cuestión nacional, olvidan que sin un contenido de izquierdas claro el PSC nunca podrá recuperar la credibilidad perdida. Precisamente, ser percibida como un instrumento útil para la mejora de las condiciones de vida concretas de los trabajadores y sectores populares con menos identificación con la reivindicación nacional catalana ha sido la condición histórica de la izquierda para atraerlos al catalanismo.

6. La irrupción de las CUP es el factor más relevante en el campo de la izquierda radical. Nacida como el instrumento político de la izquierda independentista, la CUP-AE llega al Parlament con los apoyos electorales y militantes de la izquier-

da anticapitalista organizada, del municipalismo alternativo y de amplios sectores de la izquierda social ajenos al independentismo, algo que obliga a una gestión postelectoral compleja y responsable del éxito. Tras una campaña donde el perfil rupturista, anticapitalista, y democrático radical fueron las notas dominantes, por primera vez una formación de izquierdas ajena a los consensos de la Transición y con un claro proyecto de ruptura consigue entrar en el Parlament. Gran parte del grueso de los activistas sociales y de la galaxia del 15M ajenos a la izquierda independentista optaron para dar apoyo a la candidatura CUP-AE, al constatar que por primera vez había una opción alternativa con posibilidades de alcanzar representación parlamentaria. Aun sin teorizaciones explícitas, ni reflexiones del todo bien trabadas, parte de la izquierda social ha empezado a plantearse la cuestión política a través de su sostén a la CUP-AE. Queda por ver ahora cuáles serán los siguientes pasos de la CUP y qué forma puede tomar la relación entre esta y las organizaciones anticapitalistas y colectivos diversos que la han apoyado.

Su irrupción sacude todo el mapa a la izquierda del PSC y añade una presión particular sobre ICV-EUiA, obligadas a acelerar los tímidos, pero reales, gestos de apertura y de regeneración emprendidos en el último año, aunque desde una marcada posición de exterioridad frente a la izquierda social, en particular ICV (y en menor medida EUiA un pequeño sector de la cual sí se ha submergido en los movimientos sociales). Una vez perdido el monopolio de la representación electoral, ICV e EUiA están empujadas a fortalecer sus vínculos con las luchas sociales y con los animadores de las mismas para no perder apoyos de forma continuada en beneficio de una CUP-AE creíble electoralmente y que contrariamente a ellas, no aparece como “más de lo mismo”. Contentarse solo con seguir creciendo por la derecha a costa de los desencantados del PSC, aunque en términos electorales serviría para sostener su presencia institucional, sería un error de fondo por parte de ICV y EUiA que se condenarían así a desconectarse definitivamente de las franjas sociales más politizadas y dinámicas.

7. La profundización de la crisis, el inicio de descomposición del PSC así como el “efecto Syriza” y su posibilidad de victoria electoral en Grecia ha ido planteando también en Catalunya, no solo el debate de cómo articular un instrumento anticapitalista con audiencia de masas y presencia en el Parlament, como representa la CUP-AE, sino la cuestión de cómo articular una fuerza opuesta a las políticas de austeridad y favorable al derecho a decidir que pueda aspirar a ser mayoritaria y haga estallar definitivamente el sistema de partidos. Una alternativa así solo podrá ser resultado de un amplio proceso de convergencia, de experiencias prácticas y de debates clarificadores entre la diversidad de organizaciones políticas de la izquierda catalana y los equipos animadores de las principales luchas sociales. En términos históricos la variable más relevante es la incorporación del grueso de activistas sociales, de la izquierda social hoy no políticamente organizada, a la construcción de nuevas herramientas políticas.

Este debate tiene lugar en un escenario de creciente politización social, aunque contradictoria y remontando desde muy abajo, y sin referentes claros o excesivamente confusos y de resultados reales poco definatorios (aunque paradójicamente muchas veces aparezcan idealizados, como la “revolución” islandesa o los procesos latinoamericanos o la propia Syriza). Esta politización no empuja todavía hacia la organización de instrumentos políticos, si bien el movimiento de apoyo hacia la CUP-AE muestra la evolución en esta dirección. Ha quedado atrás el período de lo que Daniel Bensaïd llamaba la “ilusión social”, de autosuficiencia de la lucha social propia de los años noventa y la primera década del siglo XXI, o de las ideas de “cambiar el mundo sin tomar el poder” estilo Holloway. Cada vez más la “cuestión política” aparece como insoslayable ante la virulencia de los ataques a las condiciones de vida por parte del poder y la deslegitimación que dichos ataques provocan, precisamente por su profundidad, a partidos e instituciones.

La politización en ascenso y el aumento de las luchas sociales empuja, a la vez y contradictoriamente, tanto hacia el apoyo instrumental a la izquierda tradicional, como a la formación de nuevas alternativas al margen de los partidos institucionales como la propia CUP-AE. Puede que al final acabe prevaleciendo el apoyo instrumental a lo existente o al revés, que prevalezca la pulsión hacia lo nuevo. Posiblemente ambos acaben recombinándose. La clave será entonces cómo y con qué pesos respectivos. Así como también será determinante qué forma toma lo “nuevo” y si en el prevalece una lógica de transformación radical del sistema o si por el contrario se imponen las corrientes que expresan una crítica más superficial y epidérmica hacia el mundo de hoy. La dinámica general favorece la radicalización social alimentada por la constatación de la imposibilidad de conseguir cambios reales y la percepción generalizada de que el sistema y los “mercados” son imperturbables. Pero dicha radicalización se encuentra también con límites importantes, debido a la debilidad de la izquierda a pesar de la irrupción de la CUP-AE, la mencionada falta de referentes, el peso acumulado de derrotas, la carencia de expectativas de cambio social, y la poca claridad estratégica de muchos movimientos.

Ante la cuestión de cómo articular una mayoría político-eleitoral portadora de un proyecto de ruptura conviene tanto evitar una actitud sectaria que rechace el imprescindible debate sobre la unidad y la reconstrucción de la izquierda, como una actitud adaptativa que defienda una unidad sin contenido o la formulación de proyectos superadores de lo existente sin claridad de fondo. El camino para articular una mayoría político-electoral opuesta al bulldozer de la austeridad y que formule el debate sobre la independencia como un mecanismo para ampliar derechos y libertades, no será fácil. No hay garantía de éxito y los riesgos de fracaso son evidentes, pero al mismo tiempo la magnitud de la crisis y el avance de la deslegitimación de instituciones y partidos tradicionales permiten pensar hipótesis y escenarios hasta hace poco inimaginables. Paradójicamente, cuando la ofensiva del adversario es más fuerte que nunca,

su propia pérdida de legitimidad continuada plantea de forma urgente la cuestión de “cómo ganar”.

El problema encima de la mesa es cómo reconstruir la izquierda en una sociedad sacudida por un inmenso proceso de transformación social que desestabiliza todas las esferas. A medida que los planes de ajuste reconfiguran la sociedad, sacuden a todas las estructuras políticas y sociales, la necesidad de construir nuevos instrumentos políticos se torna más evidente. La forma que tomará la izquierda catalana del futuro está aún por definir, pero el reto es llegar a articular un nuevo instrumento amplio, plural y unitario que aspire a ser mayoritario, pueda articular política y electoralmente a la mayoría social opuesta a los recortes y partidaria del derecho a decidir y tenga una orientación programática y estratégica y una práctica cotidiana lo más rupturista posible y un proyecto de cambio social lo más avanzado y desarrollado posible.

8. Las discusiones sobre la reconstrucción y reorganización de la izquierda catalana en el doble marco de la crisis y el ascenso de la aspiración independentista no deben desentenderse de los debates análogos en el conjunto del Estado español. Al contrario, buscar sinergias mutuas aparece como la mejor garantía de éxito recíproco. La dinámica independentista en Catalunya debe vincularse con la necesidad de romper a escala estatal el maltrecho régimen nacido en la Transición para evitar que sean las derechas respectivas las que capitalicen la situación actual. Ello implica un esfuerzo de explicación política del proceso en marcha por parte de las fuerzas soberanistas y democráticas catalanas fuera de Catalunya y, sobre todo, la comprensión estratégica por parte de las fuerzas indignadas y anti-austeridad españolas de que la resolución democrática de la cuestión nacional es un elemento fundamental para romper el agrietado edificio forjado en el falso “consenso” de la Transición.

Se trata de conseguir que el pueblo catalán pueda decidir su futuro libremente y que un acto de soberanía desde Catalunya, lejos de contribuir a legitimar fuera de ésta a un modelo político e institucional cada vez más desacreditado, sirva como elemento decisivo para desencadenar una profunda crisis de régimen en todo el Estado y dar paso a una dinámica de procesos constituyentes nacionales propios, independientes, pero coordinados y retroalimentados en su búsqueda común de un nuevo orden democrático, justo y solidario.

*“si jo l'estiro fort per aquí
i tu l'estires fort per allà...”*

Josep Maria Antentas es profesor de Sociología de la UAB y coautor de *Planeta Indignado* (Sequitur, 2011). Miembro de Revolta Global-Esquerra Anticapitalista.